LEYES FORZOSAS.

SONETO.

Siempre el duro rigor de los dolores
Hará subir á las pupilas llanto;
Siempre darán al corazon espanto
De la mar irritada los furores.
De la inflexible muerte los rigores
Al mortal siempre causarán quebranto;
Siempre el placer logrado tendrá encanto;
Siempre darán caricias los amores.
Siempre, por ley eterna de natura,
Brotará nieves el Enero frio,
Y el fértil Mayo rosas y verdura:
Espigas siempre brotará el Estío:
Lo mismo siempre brotará ternura
Para mi dulce Esther, el pecho mio.

TU INFLUENCIA.

Errante peregrino, llevaba fatigado
Por áspero desierto mi ensangrentado pié;
Tú fuiste, Esther, entonces la bienhechora palma
A cuya grata sombra las fuerzas recobré.

La sed me devoraba; por lagos muchas veces
Habia, en mi locura, tomado el arenal;
Pero tocó mi labio la copa de tu afecto,
Y de mi sed de dicha calmó al instante el mal.

La luz de mi esperanza miraba yo á lo léjos:
Del desengaño el soplo me la apagó, mi Esther;
Esther, bendita seas, porque en mi oscura ruta
La luz de la esperanza volviste tú á encender.

Cruzaba el mar del mundo tranquilo y confiado,
Cuando azuzó á las olas rugiendo el aquilon,
Y en el fatal naufragio de todas mis creencias,
Tú fuiste, Esther, mi tabla feliz de salvacion.

Pues que naciste solo para consuelo mio,
Mision tan generosa no dejes de cumplir;
De tí para ser digno, tu aprobacion ansiando,
De la virtud la senda me agradará seguir.

Que purifique mi alma de tu mirada el fuego,
Que me conforte siempre tu aliento bienhechor;
Y si haces tú las veces del ángel de mi guarda,
No temo, Esther, no temo ni al vicio ni al dolor.

TU IDEA.

Espiró el sol: naturaleza huérfana
Quedóse hundida en indolente calma,
Lánguida y triste, como queda el alma
Cuando estinguida la esperanza está.
Dulcemente la luna melancólica
Vá el oscuro vacío atravesando,
Cual por mi mente lóbrega cruzando
Un pensamiento delicioso vá.

Es, cara Esther, tu pensamiento, que único,
Ocupa sin cesar la mente mia:
Será mirarte mi única alegría;
Es no mirarte mi único dolor.
Tú eres, hermana, en mi existencia lóbrega
La postrer esperanza de consuelo,
Estrella sola en borrascoso cielo,
En mar oscura faro salvador.

Y, yo no sé por qué, pero este céfiro,
Esta apacible calma deliciosa,
Esa pálida luna voluptuosa,
Las flores que hay en derredor de mí:
Esas dormidas aguas, estos árboles,
Esa vaga suavísima armonía,
Y esta grata feliz melancolía
Tienen, mi dulce Esther, algo de tí.

Doliente al suspirar la insomne tórtola,
Yo creo que es tu acento melodioso
Que responde al suspiro cariñoso
Con que te suele el corazon llamar:
Yo pienso, hermana mia, que tu espíritu
Viene callado á acariciar mi frente,
Cada vez que las alas del ambiente
Me tocan silenciosas al pasar.

¿Por qué esto no es verdad? ¿por qué solícita
No acudes á mi voz cuando te llamo?
Ven y recoge el llanto que derramo:
No dejes, niña, que se pierda así.
¿Por qué dejas perderse así estas lágrimas
Siendo tuyas, Esther? Porque si lloro
Es porque en vano de la ausencia imploro
Que me deje vivir cerca de tí.

¿De qué me sirve que argentada y fúlgida
Bañe la luna con su luz el cielo,
Si el llanto de mis ojos con un velo
No me permite su belleza ver?
¿De qué me sirve que natura espléndida
Con lujo ornada y con primor se mire?
¿De qué me sirve que placer inspire,
Si no gozamos juntos tal placer?

Presto á mi lado ven: oye las súplicas
Del ser que por dichoso se tuviera,
Si eternamente caminar pudiera,
Como tu sombra, de tu huella en pos.
¿Por qué la suerte, caprichosa y bárbara,
Entre nosotros colocó el espacio?
Fuera una choza para mí palacio,
Si juntos estuviéramos los dos.

Cual, rota el ala, el desdichado pájaro
Llama con voz doliente y lastimera
A su dulce y distante compañera,
Ya no pudiendo á donde está volar;
Así tu hermano, desgraciado y mísero,
En medio de su pena y su aislamiento,
Te llama, Esther, con lastimero acento,
Ausente de tu lado, á su pesar.

Palpitante de amor, descansa lánguida
En brazos de la noche la natura:
Esther, si fuera tanta mi ventura
Que aquí á mi lado te tuviese yo,
Nos consolara en su regazo plácido
La soledad, amiga de los tristes. . . .
¿Mas por qué léjos de mi lado existes?
¿Quién un alma en dos almas dividió?

ÉXTASIS.

Esther, cuando el alma en éxtasis
De mi cuerpo se desprende,
Así como vuela férvido,
Cuando rompe su prision,
A su compañera el pájaro;
Mi alma á tí su vuelo tiende,
Y queda con tu alma en íntima
Misteriosa comunion.

Como en un sueño dulcísimo
Miro entonces tu semblante,
Y al contemplarlo, paréceme
Que te conocia ya.
Y sin hablarse, compréndense
Nuestras almas al instante:
Nuestro espíritu acercándose
A Dios su principio va.

Mi rostro acaricia un céfiro
Que acaso, niña, es tu aliento,
Y cuyo aroma balsámico
Penetra hasta el corazon:
Escucho un sonido plácido
Que acaso, niña, es tu acento,
Y cuyo eco melancólico
Me adormece con su son.

Gozamos perfumes célicos
Sin tener que respirarlos:
El éter cruzamos rápido
Sin fatigarnos jamás:
Probamos placeres místicos
Sin tener que desearlos:
Gozamos dichas sin término
En un instante quizás.

Flotamos en una atmósfera
Trasparente y luminosa,
Oyendo cerca la música
De las harpas del Eden.
Conversamos con los ángeles
En su lengua misteriosa,
Con gozo, ángeles sintiéndonos
Nosotros mismos tambien.

Huye el éxtasis de súbito,
Y la materia al momento
Al alma, su triste víctima,
Torna en ella á cautivar;
Y con esfuerzos inútiles
Te busco, y en mi aislamiento,
Como siempre, vuelvo mísero
A gemir y á suspirar.

Esther, sin duda el espíritu
De la muerta madre mia,
Para continuar cuidándome
En tu cuerpo se albergó;
Y por eso tú eres la única
Que tan tierna simpatía,
Con una influencia mágica,
En la tierra me inspiró.

Por eso viene solícita
A buscar á mi alma tu alma,
Cuando mi cabeza inclínase
Al peso del padecer.
Y á unas regiones condúceme
De consoladora calma,
Bañada de luz espléndida,
De las que siento volver.

Si en el estado de espíritu
Yo estuviera, diligente
Recorreria con júbilo
El espacio sin cesar:
Comunicando solícito
Con el ausente al ausente,
Porque de la ausencia el tósigo
Sé que es muy duro apurar.

Tú eres mi génio benéfico,
Y, si me pierdo, la senda
Me muestras: si débil siéntome
Me das consuelo y sosten.
Cuando para siempre mi ánima
De este cuerpo se desprenda,
Alma de Esther, de mí acuérdate:
Ven por mi espíritu, ven.

AB-ETERNO.

SONETO.

Desde la eternidad, Dios en su mente
Pensó crear dos séres semejantes,
Dos corazones cándidos y amantes
Con un cuerpo gentil y una alma ardiente.
Creó al primero cuando oyó clemente
De Israel los acentos suplicantes,
Pues quiso que sus grillos humillantes
Aliviara su mano diligente.
Y escuchando mi acento lastimero,
Al otro sér creó, y en este mundo
Me lo dió por amigo y compañero.
Yo á Dios bendigo con amor profundo;
Que Esther, la santa reina, fué el primero,
Y Esther, mi dulce Esther, es el segundo.

MILAGRO DEL CARIÑO.

¡Hermosa noche! la natura lánguida
Del todo se durmió:
Plegando el ala fatigado el céfiro
Silencioso el aliento recogió.

Una luna de invierno brilla fúlgida
Del cielo en la mitad:
Me cercan los amigos de los míseros,
El silencio y la dulce soledad.

Ya de la noche á la influencia mágica,
Yo siento con placer
Que me va grato dominando el éxtasis,
Paralizando así mi padecer.

Poco á poco mi espíritu despréndese
De su carnal prision,
Y ante su vuelo de centella rápida
Desparecen el tiempo y la estension.

Por una fuerza superior simpática
Sintiéndose arrastrar,
Con creciente placer vá aproximándose
A un deseado incógnito lugar.

Leve flotando en la tranquila atmósfera
Mi espíritu veloz,
Con rapidez y sin afan deslízase
Sin percibir ni un soplo ni una voz.

Hácia cara ciudad mira con júbilo
Que descendiendo vá:
Sobre la cual sus alas soporíferas
El sueño tiene desplegadas ya.

Tan solo una ventana abierta mírase,
Y en ella una muger,
Viendo al cielo medita melancólica;
Y al punto siente mi alma que es Esther.

Contempla tierna su figura mística,
Su frente virginal,
Su actitud de ángel, que proscrito encuéntrase,
Aspirando á su patria celestial.

Por las lágrimas vé sus ojos húmedos,
Y con fraterno amor,
En torno de su sien vuela solícita
Ahuyentando á los génios del dolor.

Al oido tiernísima murmúrale
Palabras de amistad,
Mientras suspira, comprender haciéndole
Que no es tanta su triste soledad.

Pero importuna el alba ya adelántase,
Y mi alma, á su fulgor,
Mal de su grado, á su cubierta vuélvese
A seguir apurando su dolor.

¿No es cierto, Esther, que cuando el sueño aléjase
De tí con crueldad,
Sientes que en torno de tu frente agítase
Algo que hace cesar tu soledad?

Es que, cual génio para tí benéfico,
Sintiéndote sufrir,
Hácia tí mi alma se dirige férvida,
Tu solitario mal por dividir.

¡Oh! si burlara del destino bárbaro
Mi espíritu el rigor,
Constante por do quier acompañándote,
Cual tu perpétuo arcángel guardador!

Mas, ya que no es posible, cuando lágrimas
Derrame yo por tí,
Si es que puedes venir á mí en espíritu,
Esther, Esther, acuérdate de mí.

EL 17 DE MAYO.

Era un opaco dia, ¡triste dia!
¡Ay! el mas triste del lluvioso Mayo!
Por ventana entreabierta el sol un rayo
Escaso introducia.

¡Cuadro desgarrador! sobre su lecho
Mi tierna madre moribunda estaba,
Y ya débil su aliento se escapaba
De su tranquilo pecho.

En la serenidad de su semblante
Pura se retrataba su conciencia,
Y esperaba, con algo de impaciencia,
El postrimer instante.

Cual, rescatado el infeliz cautivo,
En la playa remota y estrangera,
Embarcarse por fin ansioso espera
Para el pais nativo.

A una madre es cruel ver espirando
Aun de materno amor dándonos muestras,
Y sentir que sus manos en las nuestras
Se nos van enfriando.

Yo junto al lecho de mi madre estaba
Estrechando sus manos conmovido,
Y con las mias el calor perdido
Volverles anhelaba.

Me solia mirar de vez en cuando
Con la espresion de la última ternura,
Cual quien no puede, pero hablar procura,
Sus lábios agitando.

El sacerdote, de la madre mia
Salir al preso espíritu mandaba,
Y en el vecino templo resonaba
El toque de agonía.

Yo por el llanto me sentia ahogado,
Que agolpándose todo de repente,
Hallaba la salida insuficiente
Y estábase estancado.

Tras de la cabecera de aquel lecho
La muerte, como nunca despiadada,
Con la fatal guadaña levantada
Hallábase en acecho.

Hirió al fin, y por siempre se cerraron
Para lo de este mundo desdeñosos,
Aquellos dulces ojos que amorosos
Gran tiempo me miraron.

¡Ay! y soplando su infernal aliento
El demonio del mal sobre mi frente,
Del suicidio concibió mi mente
El negro pensamiento.

Pero escuché al instante una armonía,
Y el negro pensamiento dí al olvido:
Fué el alma de mi madre que, al oido,
A Esther me prometia.

ADHESION.

Hora santa, feliz, bienhadada,
Fué la hora en que oyera tu voz,
Pues gozando emocion no gozada,
Conocí que aun tenia corazon.

Con respeto piadoso y amante,
Yo temblando, tu nombre escuché:
Repitiólo mi lábio al instante,
Y me supo á dulcísima miel.

Desde entonces tu nombre repito,
Sin cansarme de oirlo jamás;
Luego que oye tu nombre bendito
Se retira temblando el pesar.

Dios queriendo un esclavo mandarte,
Me prestó el corazon, bella Esther,
Ordenando que al punto de hallarte,
Lo pusiera rendido á tus piés.

Mas del fiero destino la ira
Me mantiene distante de tí,
Y tu esclavo impaciente suspira
Deseando á su dueño servir.

De tí me hallo anhelante y sediento:
Necesaria á mi alma eres tú,
Como lo es á la vida el aliento,
Como lo es á los ojos la luz.

No sabria dejar de quererte,
Porque fuera dejar de sentir:
Siempre debo mi culto ofrecerte
Pues tan solo para esto nací.

Y primero que llegue á olvidarse
Mi memoria de tí, mirarás
Que la llama no tiende á elevarse,
Que al acero rechaza el imán.

Tu ternura ha tornádome niño
Y te quiero con fuego y candor;
Tanto aprecio, mi Esther, tu cariño,
Tan temibles tus iras me son.

Que si un dia tu rostro mostraras
Irritado á tu esclavo infeliz,
Espirar á tus piés lo miraras,
Bendiciendo tu nombre al morir.